



## CORDOBA

**L**EGADO á Castillejo, tuve que esperar hasta media noche el paso del tren de Andalucía; me desayuné con huevos duros, naranjas y un buen trago de Valderpeñas; me recité una poesía de Espronceda; charlé un poco con un carabinero (el cual, entre paréntesis, me hizo su profesion de fé política: "Amadeo, libertad, aumento de paga á los carabineros," etc., etc.), hasta que se oyó el suspirado silbido, y entré en un vagon lleno de mujeres, niños, guardias civiles, cajas, almohadas y mantas. Y salimos con una rapidez no acostumbrada en los ferro-carriles españoles. La noche era hermosa. Mis compañeros de viaje hablaban de toros y de carlistas; una hermosa jóven, que más de cuatro devoraban con los ojos, fingía estar durmiendo para dejar admirar á las gentes una muestra de sus actitudes nocturnas; uno liaba *cigarrillos*, otro mondaba naranjas, otro tarareaba un aire de *zarzuela*. Quedéme dormido á los pocos minutos. Creo que estaba soñando con la mezquita de Córdoba y el Alcázar de Sevilla, cuando me despertó un ronco grito:

—¡Puñales!

—¿Puñales? ¡Cáspita! ¿Para quién?

Y ántes de que viera al que había gritado, una hoja larga y aguda brilló ante mis ojos, y el desconocido me preguntó:

—¿Le gusta?

Es necesario confesar que hay mil maneras más agradables de despertarle á uno. Miré las caras de mis compañeros, con tal aire de estupefaccion que les hizo reír á todos. Me dijeron entonces que en algunas estaciones había vendedores de navajas y puñales, que ofrecían su mercancia á los viajeros, como se ofrecen en nuestro país diarios y refrescos. Seguro ya de mi vida, compré mi espantajo: cinco francos; un hermoso puñal de tirano de tragedia, con el mango cincelado, inscripciones en la hoja y una vaina de terciopelo bordado. Lo guardé en el bolsillo, pensando que podría servirme en Italia para dirimir las cuestiones con mis editores. El vendedor llevaba más de cincuenta en el cinturón. Otros viajeros tambien compraron; los guardias civiles elogiaron á un vecino mío por su eleccion; los niños gritaron:—"¡Yo tambien quiero uno!" Las mamás respondieron:—"Ya os compraremos otra vez uno más largo."—¡Oh, bienaventurada España!—exclamé yo, acordándome con ira de nuestras bárbaras madres, que nos niegan el juguete de una hoja bien afilada.

Atravesamos la Mancha, la famosa Mancha, centro inmortal de las aventuras de Don Quijote. Es tal como me la había imaginado: grandes llanuras desiertas, largos espacios de arenosos terrenos, algunos

molinos de viento, escasos pueblos y miserables, solitarias sendas y viejas casas abandonadas. Al ver aquellos sitios, experimenté el sentimiento de melancolía que despierta en mí todavía la lectura del libro de Cervantes. Este no puede hacer reír sin que la sonrisa arranque lágrimas. Don Quijote es una figura triste y solemne; su locura es una lamentación; su vida la historia de los sueños, de las ilusiones, de los desencantos, de las aberraciones de todos; la lucha de la razón con la imaginación, de la verdad contra la mentira, del ideal contra lo real: todos tenemos algo de Quijotes, todos tomamos los molinos de viento por gigantes, todos nos dejamos levantar por un arranque de entusiasmo y somos arrojados al suelo por una carcajada burlesca; todos somos una mezcla de solemnidad y de locura; todos sentimos con profunda amargura el contraste perpétuo entre la grandeza perfecta de nuestras aspiraciones y la flaqueza de nuestras facultades. ¡Bellos sueños de la infancia y de la adolescencia, generosos alientos de consagrar nuestra vida á la defensa de la virtud y de la grandeza, caras imágenes de peligros afrontados, de luchas aventureras, de grandes acciones y amores sublimes, caídos uno á uno como los pétalos de una flor, sobre el estrecho y uniforme sendero de la vida, cómo os hace revivir en nuestra alma, y cuán provechosas y dulces enseñanzas os da el generoso y desdichado *caballero de la triste figura!*

Pasa el tren por Argamasilla de Alba, donde Don Quijote nació y murió, y donde el pobre Cervantes, colector del gran priorazgo de San Juan, en nombre

del magistrado especial de Consuegra, fué arrestado por los deudores irascibles y retenido prisionero en una casa que, según dicen, existe todavía, y en la cual se supone que concibió el plan de su obra. Pasamos cerca de Valdepeñas, que da nombre á uno de los vinos más exquisitos de España, negro, algo picante, el solo tal vez que permite al extranjero del Norte frecuentes libaciones; y llegamos por último á Santa Cruz de Mudela, población célebre por sus fábricas de *navajas*, y donde el camino comienza á elevarse dulcemente hácia la montaña. Había salido el sol; muchas mujeres y niños bajaron, siendo reemplazados por paisanos, oficiales, y toreros que iban á Sevilla. Se veía en tan reducido espacio una variedad de trajes que apenas se encuentra en nuestro país durante las *férias*: sombreros redondos de los habitantes de Sierra Morena, pantalones encarnados de soldados, grandes *sombrerotes* de *picadores*, tapabocas de gitanos, *mantas* catalanas, hojas de Toledo clavadas en todas partes, capuchones y ropas de los mil colores de Arlequín.

El tren penetra entre las rocas de Sierra Morena que separan el valle del Guadiana del del Guadalquivir, célebre por los cantos de los poetas y las fechorías de los bandidos. El camino se desliza por entre dos murallas de piedras cortadas á pico, tan altas que para ver la cumbre me fué necesario sacar toda la cabeza fuera de la portezuela y torcer el cuello, cual si quisiera ver el techo del vagón. Después las rocas se alejan y se elevan las unas sobre las otras, las primeras en forma de enormes masas hendidas, las

últimas derechas, esbeltas, semejantes á torres erguidas sobre bastiones desmesurados, en medio de montones de masas dentelladas, ó formando escalinatas, crestas, curvas; algunas como suspendidas en el aire, ó separadas por profundas cavernas y espantosos abismos, que presentan una confusion de formas caprichosas, siluetas de edificios fantásticos, de figuras gigantes, de ruina, ofreciendo á cada paso mil perfiles y aspectos inesperados. Y sobre esta infinita variedad de figuras, una variedad infinita de colores, sombras, reflejos y luces. Durante mucho tiempo, á derecha é izquierda y á lo alto, no se ve más que piedra, sin una casa, sin una senda, sin un poco de tierra donde pueda asentarse la planta del hombre; y á medida que se avanza, rocas, barrancos, precipicios, todo se agranda, se cruza, se eleva hasta el punto culminante de la sierra, donde la soberana majestad del espectáculo os arranca un grito de admiracion. Allí el tren se detiene algunos minutos y todos los viajeros se asoman á las portezuelas.

—Aquí, dice uno en alta voz, —iba saltando de risco en risco el Roto de la mala figura para cumplir su penitencia (Cardenio, uno de los personajes principales de *Don Quijote*, que saltaba en camisa por las rocas de la sierra, haciendo penitencia por sus pecados.)—Yo—añade el viajero, —quisiera que obligaran á hacer lo mismo á Sagasta.

Todo el mundo se rió y empezaron á buscar cada uno por su cuenta un hombre político conocido á quien imponer con la imaginacion la misma penitencia: uno propone á Serrano, otro á Topete... de mo-

do que á los pocos minutos de verse satisfechos aquellos deseos, se hubiera visto la sierra poblada de ministros, generales, diputados, en camisa, saltando de roca en roca como la famosa piedra de Alejandro Manzoni.

Parte el tren, las rocas desaparecen y el valle delicioso del Guadalquivir, el jardín de España, el eden de los árabes, el paraiso de pintores y poetas, la venturosa Andalucía se desarrolla ante nuestros ojos. Experimento todavía la fruicion de un gozo infantil con que me abalancé á la portezuela, diciéndome á mí mismo: "¡Gocemos!"—Durante un largo espacio el campo no ofrece nuevo aspecto á la ardiente curiosidad del viajero. En Vilches se extiende una vasta llanura, más allá el campo raso de Tolosa, donde Alfonso VIII, rey de Castilla, alcanzó sobre los ejércitos musulmanes la famosa victoria de las Navas. El cielo estaba límpido y se veían á lo lejos los montes de Sierra Segura. En un momento dado hice uno de esos rápidos movimientos que responden á un grito interior de sorpresa: los primeros aloes, de anchas hojas carnosas, mensajeros precursores é inesperados de la vegetacion del trópico, se presentaban á un lado del camino. Mas allá empiezan á aparecer los campos esmaltados de flores. Los primeros tienen algunas, los que siguen están ya cubiertos de ellas, pues hay vastas extensiones de terreno vestidas enteramente de margaritas, amapolas, ranúnculos, de suerte que la campiña se presenta como una sucesion de inmensos tapices de púrpura, de oro y de nieve; y más lejos, entre los árboles, innumerables cintas azules,

verdes, blancas, amarillas, hasta perderse de vista; y muy pronto, en el borde de los fosos, sobre los declives, en el mismo camino, flores agrupadas en espesuras, matorrales, unas sobre otras, formando ramos, temblando en los tallos, casi al alcance de la mano. Despues ondulantes campos de trigo con enormes espigas, rodeados de grandes arbustos; luego pequeños bosques de naranjos, plantaciones de olivares, colinas variadas por cien tonos de verde, con viejas torres moriscas, y casas de color vário, y entre ellas puentes blancos y ligeros echados sobre riachuelos escondidos entre los árboles. En el horizonte aparecen las blancas cimas de Sierra Nevada, debajo de esta blanca cinta, otras franjas azuladas y violáceas, onduladas, de más cercanas montañas; la campiña cada vez más variada y florida. Arjonilla, en medio de un bosque de olivares cuyo término no se ve; Pedro Abad, en una llanura cubierta de viñedos y árboles frutales; Ventas de Alcolea, sobre las últimas colinas de Sierra Morena, pobladas de casas de campo y jardines. Se aproxima Córdoba; el tren vuela; se ven pequeñas estaciones medio ocultas entre árboles y flores; el viento introduce hojas de rosa en los vagones, grandes mariposas voltean tocando las portezuelas, un perfume delicioso se esparce en el aire, los viajeros cantan, se atraviesa un jardín hechizado, el aloe, los naranjos, las casas de campo se multiplican. Se oye un grito: "¡Hé aquí Córdoba!"

¡Cuántas bellas imágenes y grandes recuerdos despierta en la memoria el eco de este nombre! ¡Córdoba, la antigua perla de Occidente, como la llaman los

poetas árabes, la ciudad de las ciudades; Córdoba, con sus treinta barrios y sus tres mil mezquitas, que encierra dentro de sus muros el templo más grande del Islam! Su nombradía se extiende por todo el Oriente, oscureciendo la gloria de la antigua Damasco. De las más lejanas regiones del Asia, los fieles se trasladaban á las riberas del Guadalquivir, para prosternarse ante el Mihrab maravilloso de su mezquita, á la luz de mil lámparas de bronce, hechas con las campanas de las catedrales de España. Los artistas, los sabios, los poetas iban de todas las partes del mundo musulman á llenar sus escuelas florecientes, á visitar sus inmensas bibliotecas, á aumentar la magnífica corte de sus califas. Los ricos y las hermosas allí acudían, atraídos por la reputacion de su esplendor. Y desde allí se derramaban, ávidos de saber, á lo largo de las costas de Africa, visitaban las escuelas de Túnez, Cairo, Bagdad, y hasta la India y la China, para recoger libros, inspiraciones y recuerdos; y las poesías cantadas sobre las cumbres de Sierra Morena volaban de cítara en cítara, hasta los valles del Cáucaso, para animar el ardor de los peregrinos. La bella, la poderosa, la sabia Córdoba, coronada de tres mil aldeas, mostraba orgullosamente sus blancos minaretes en medio de los bosques de naranjos y se respiraba á su alrededor, en aquel valle divino, un aliento voluptuoso de gloria y de alegría!

Al descender del tren, atravieso un jardín, miro en torno y me hallo solo: los viajeros que han bajado conmigo han desaparecido por distintos lados; oigo todavía el rumor de un coche que se aleja; despues to-

do calla. Es medio día, el cielo límpidísimo, el aire embalsamado. Veo dos casas blancas que forman la entrada de una calle: penetro por ella. La calle es estrecha; las casas, pequeñas como las cabañas que se elevan sobre las colinas artificiales de los jardines, son casi todas de un solo piso, con ventanas á poca distancia del suelo, techos que se alcanzarían con el baston y paredes resplandecientes de blancura. La calle da la vuelta; miro: no veo á nadie, no oigo ni un paso, ni el menor rumor. Y me digo; "esta debe ser una calle abandonada." Me meto en otra calle: casitas blancas, ventanas cerradas, soledad, silencio. —¿Dónde estoy?—me pregunto...—Avanzo, con todo; la calle, tan estrecha que no podría pasar por ella un coche, serpentea, y á derecha é izquierda se ven otras vías desiertas, otras casas blancas, otras ventanas cerradas. Mis pasos retumban como en un corredor; es tan brillante el blanco de las paredes, que me obliga á caminar con los ojos entornados: me parece que ando entre nieve. Llego á una pequeña plaza; todo está cerrado, nadie aparece. Entonces empiezo á penetrar en mi corazón una sensación de vaga melancolía como nunca la había experimentado; una mezcla de placer y tristeza, parecida á la que experimentan los niños cuando despues de larga carrera llegan á un hermoso sitio campestre y se alegran, pero con el temor de haberse alejado demasiado de su casa. Por encima de muchas azoteas se elevan las palmeras de los jardines y de los huertos. ¡Oh fantásticas leyendas de odaliscas y califas!... Adelanto de calle en calle, de plaza en plaza: empiezo á encon-

trar á alguien, pero el transeunte se aleja y desaparece como un fantasma. Todas las calles se parecen; las casas no tienen más de tres ó cuatro ventanas, y ni una mancha, ni una grieta en las paredes, que son limpias y lisas como hoja de papel. De vez en cuando oía un ligero ruido detrás de una persiana y veía al mismo tiempo una cabeza morena con una flor entre el cabello. Me acerqué á una puerta...

¡Un *patio*! ¿Cómo describir un *patio*?... no es un *patio* propiamente hablando, ni un jardín, ni una sala: es á la vez estas tres cosas. Entre el *patio* y la calle hay un vestíbulo. A los cuatro lados del *patio* se elevan cuatro columnas que sostienen á la altura del primer piso una especie de galería cerrada por grandes vidrieras; sobre la galería se extiende una tela que dá sombra. El vestíbulo se halla embaldosado de mármol y la puerta con columnas que rematan en bajo-relieves, cerrada por un ligero enrejado de hierro de bonito dibujo. En el fondo, frente á la puerta, se levanta una estatua, en el centro una fuente, alrededor sillas, mesas de labor, cuadros y macetas de flores. Corrí á otra puerta: otro *patio*, paredes cubiertas de yedra, y un círculo de hornacinas con estatuas, bustos, jarrones. Miré por una tercera puerta: un *patio* con paredes adornadas de mosaicos, una palmera en el centro y alrededor una masa compacta de flores. Una cuarta puerta: despues del *patio* otro vestíbulo, despues de éste un segundo *patio*, en el cual se ven otras estatuas, otras columnas, otras fuentes. Y todos estos átrios y estos jardines son tan hermosos y limpios, que se podría pasar la mano sin en-

suciarla por las paredes y el suelo: y frescos, perfumados é iluminados con una luz incierta y vaga que aumenta la belleza y el misterio.

Seguí caminando de calle en calle, á la ventura. A medida que andaba aumentaba mi curiosidad y aceleraba el paso. Me parecía imposible que toda la ciudad fuera así: esperaba dirigirme á una casa ó llegar á una calle que recordase otras ciudades á mi espíritu, disipando mi hermoso sueño. Pero no, el sueño dura. Todo es pequeño, gracioso y lleno de misterio. A cada cien pasos una plazuela desierta donde me detenía para tomar aliento; de distancia en distancia una encrucijada, pero sin alma viviente; y siempre el color blanco, y más blanco todavía, y ventanas cerradas, y silencio. A cada puerta un nuevo espectáculo: arcadas, columnas, flores, saltos de agua y palmeras: una maravillosa variedad de dibujos, de tintas, de luces, de perfumes, aquí de rosas, allí de azahar, más lejos de violetas. Y con el perfume un soplo de aire fresco, y con el aire un dulce murmullo de voces de mujer, de cantos de pájaro, de hojas arrulladoras: una armonía suave y variada que sin turbar el silencio de la calle, recrea el oído como eco de música lejana. ¡Ah! ¿No es esto un sueño? Madrid, Italia, Europa, están lejos de aquí: aquí se vive otra vida, se respira el aire de otro mundo: ¡estoy en Oriente!

Recuerdo que en cierto momento me detuve en medio de la calle, y yo no sé por qué, noté de repente que estaba triste é inquieto, y había en mi corazón un vacío que no bastaban á llenar la admiración y el placer. Experimenté un deseo irresistible de

penetrar en aquellas casas y en aquellos jardines, de descorrer el velo del misterio que envolvía la vida de los seres desconocidos que las habitaban, de participar de aquella vida, de estrechar una mano, de fijar mi mirada en dos ojos compasivos, y decir: "Soy extranjero, estoy solo y también quiero ser feliz; dejadme descansar en medio de vuestras flores, dejadme conocer todos los secretos de vuestro paraíso; decidme quiénes sois, cómo vivís: ¡sonreídme, tranquilizadme, que mi cabeza se abrasa!" Y esta tristeza llegó á tal extremo, que me dije á mí mismo: "¡No puedo permanecer en esta ciudad! ¡Sufro aquí demasiado y me marchó!"

Y me hubiera marchado, á no acordarme en aquellos momentos, y muy oportunamente por cierto, de que tenía en mi bolsillo una carta de recomendación para dos jóvenes de Córdoba, hermanos de uno de mis amigos de Florencia. Dejé á un lado, pues, mi proyecto de marcha, y fúme en seguida al encuentro de aquellos sujetos. ¡Cómo se rieron de todo corazón, cuando les expliqué la impresión que me había causado Córdoba! Propusieronme que fuéramos en seguida á ver la catedral; tomamos por una callejuela y en marcha.

La mezquita de Córdoba, que fué trasformada en catedral cuando la expulsión de los árabes, y que es siempre mezquita, fué erigida sobre las ruinas de la catedral primitiva, no lejos del Guadalquivir. Abderraman empezó la construcción el año 785 ó 786.—"Construyamos una mezquita—dijo,—que sobrepusiera á la de Bagdad, á la de Damasco, y á la de Jerusalén;

que sea el templo mayor del islamismo, que sea la Meca del Occidente." Y puso manos á la obra con ardor; los esclavos cristianos llevaban á los cimientos las piedras de las iglesias destruidas. Abderraman trabajaba personalmente en aquellas obras una hora al día; la mezquita fué construida en pocos años; los califas, sus sucesores, la embellecieron y quedó completamente terminada despues de un siglo de trabajos continuos...—Hé nos ya aquí—me dijo uno de mis acompañantes, parándose de repente ante un vasto edificio.

Creí que era una fortaleza. Es el muro que rodea la mezquita, un viejo muro grieteado, en el cual se abrían ántes veinte grandes puertas de bronce, rodeadas de graciosos arabescos y de ventanas en arco de herradura sostenidas por ligeras columnas. Actualmente se halla cubierto de una triple capa de cal. Dar la vuelta al circuito de la pared, es cuestion de un paseo para despues de haber comido: júzguese de la extension del edificio. La puerta principal del circuito está situada al Norte, por la parte donde se elevaba el alminar de Abderraman, en cuya cúspide ondeara el estandarte musulman en otro tiempo.... Entramos. Creí ver en seguida el interior de la mezquita, y me encontré en un jardín lleno de naranjos, cipreses y palmeras, rodeado de pórticos de extrema ligereza y cerrado por la fachada de la mezquita. En medio de este jardín había en tiempo de los árabes una fuente para las abluciones, y los fieles se recogían á la sombra de los árboles ántes de entrar en el templo. Me detuve allí algunos momentos, ántes de

penetrar en el templo, mirando á mi alrededor y respirando el aire fresco y embalsamado con vivo placer. El corazon me palpitaba á la idea de que la famosa mezquita estaba junto á mí, y me sentía á la vez arrastrado hácia la puerta por inmensa curiosidad y retenido por no sé qué temblor infantil.—Entremos,—me decían mis compañeros.—Un instante todavía,—respondí,—dejadme saborear el placer de la espera. Por último, me puse en marcha, y sin mirar la maravillosa puerta que me mostraban mis compañeros, entré.

Lo que dije ó lo que hice apenas estuve dentro, lo ignoro; pero seguramente se me debió escapar alguna extraña palabra, ó hice algun gesto extraordinario, porque varias personas que estaban á mi lado en aquellos momentos se echaron á reir y se volvieron mirando á todos lados, para darse cuenta y explicarse la profunda emocion que yo había manifestado.

Imaginaos un bosque y suponed que estais en su parte más espesa y que no veis más que troncos de árboles: asimismo en la mezquita, de cualquier lado á que uno se vuelva, no ve más que columnas. Es un bosque de mármol cuyo término no se distingue. Se siguen con la mirada una á una las largas filas de columnas, que se cruzan á cada paso con otras filas innumerables, y se llega á un fondo semi-oscuro donde parece que se ven brillar aún otras columnas. Hay diez y nueve naves que se alejan ante el espectador; se hallan cruzadas por otras treinta y tres y todo se halla sostenido por más de novecientas columnas de pórfido, jaspe y mármol de todos colores. Cada co-

lumna mantiene un capitel y los arcos se cimbrean sobre las columnas, y otros se levantan entre los tímpanos de los primeros; ambos órdenes de arcos son de forma de herradura; de modo que si uno imagina que las columnas son troncos de árboles, los arcos representan las ramas, lo cual hace más exacta la comparación de la mezquita con un bosque. La nave central, mucho más ancha que las demás, llega hasta frente de la Maksurah, que es la parte más sagrada del templo, donde se leía el Coran. Aquí un pálido rayo de luz que ilumina una hilera de columnas, descendiente de lo alto de las ventanas; allá una espesa sombra; más lejos descende otro rayo de luz que esclarece otra nave. Me es imposible expresar el sentimiento de mística admiración que aquel espectáculo despertó en mi alma. Es como la revelación súbita de una religión de una naturaleza y de una vida ignoradas, que conduce nuestra fantasía á través de las delicias de ese paraíso lleno de amor y de voluptuosidad, donde los bienaventurados, á la sombra de los plátanos de espeso follaje y de rosales sin espinas, beben en vasos de cristal vinos cuyas gotas brillan como piedras preciosas, vertidos por vírgenes inmortales, y reclinada la cabeza en los brazos de las huries de grandes ojos negros! Todas las imágenes de los placeres eternos que el Coran promete á los creyentes, acuden en tropel á nuestra imaginación á la primera vista de la mezquita, vivas, ardientes, seductoras, y causándonos dulce vértigo que deja en el alma no sé que muelle melancolía. Una confusión en el espíritu, una rápida llama que recorre las venas, tal es la primera

sensación que se experimenta al entrar en la catedral de Córdoba.

Anduvimos de nave en nave, examinándolo todo al por menor. ¡Cuánta variedad en aquel edificio que parece uniforme á primera vista! Las proporciones de las columnas, los dibujos de los capitales, las formas de los arcos cambian, por decirlo así, á cada instante. La mayor parte de las columnas son antiguas y fueron robadas por los árabes de la España del Norte, de la Galia y del Africa romana; y algunas, dicen, pertenecieron al templo de Jano, sobre las ruinas del cual fué construida la iglesia que los árabes destruyeron para edificar la mezquita. En muchos capiteles se distinguen todavía las huellas de las cruces que tenían esculpidas y que los árabes borrarón á golpes de cincel. En algunas columnas se hallan fijas argollas de hierro, á las cuales se dice que los árabes ataban á los cristianos. En particular se enseña una, á la que segun tradición popular, estuvo atado un cristiano durante mucho años, y durante este tiempo, á fuerza de escarbar con las uñas, acabó por grabar en la piedra una cruz que los guías enseñan con profunda veneración.

Llegamos al Maksurah, que es la obra más completa y la más maravillosa del arte de los moros en el siglo x. En la parte delantera hay tres capillas contiguas con bóvedas ó arcos dentellados y paredes recubiertas de soberbios mosaicos que representan grupos de flores y reproducen versículos del Coran. En el fondo de la capilla del centro está el Mihrab principal, el lugar sagrado donde residía el espíritu